



Tributo elegíaco a Rogelio Sinán¹

POR ELSIE ALVARADO DE RICORD

Directora de la Academia Panameña de la Lengua

Cuando los pueblos quieren exaltar a sus hijos predilectos les erigen monumentos que perpetúan su memoria; y si desean que el testimonio sea más vivo e imperecedero, recurren al lenguaje y emplean un nombre definitorio: Homero, el Poeta; Jesús, el Maestro; Aristóteles, el Filósofo; Bolívar, el Libertador.

En caso de Rogelio Sinán, como era la juventud en su intensa sed de vida y su continua ebullición creadora, cada nueva generación de admiradores, queriendo hacerlo suyo le dio un nuevo nombre por antonomasia: el Poeta, el Mago, el Maestro, ninguno de los cuales compendia sus virtudes ni porta las connotaciones relativas al referente; porque en todas las épocas ha habido poetas, magos y maestros. Solo de su propio numen podía salir el nombre que lo identificara porque nunca ha habido ni habrá otro Rogelio Sinán.

El repentino silencio que baja de sus párpados cerrados y sella sus labios imperturbablemente no ha segado su voz. Porque la voz de un poeta no es el sonido físico, acústicamente mensurable, producto del aparato fonador, conducto del coloquio intrascendente: la voz de un poeta es algo mucho más profundo, entrañable, que pasa y sobreviene continuamente

¹ *Boletín de la Academia Panameña de la Lengua*. VI época, n.º2. Panamá, 1999.

como los ríos heraclitanos, para bañarnos siempre en nuevas y nuevas aguas. No es verdad que Sinán va a mantenerse rígido entregado a la muerte, negándose a sí mismo para la eternidad. Rogelio Sinán, desde el nombre hasta la esencia, un poco personaje de creación de sí mismo, por su propia voluntad no permanecerá inerte: como un dios proteico, cambiará de forma, su cuerpo será pronto polvo esparcido que luego florecerá en la tierra y que las lluvias del invierno transportarán al mar. Allí convivirá con las sirenas de su fantasía; escoltará a Linda Olsen, flotando sobre las aguas del Pacífico. Impelido por lo vientos y los mares arribará a Taboga la isla mágica, no para recoger sus pasos sino para integrarse a la naturaleza en todo su esplendor. Y su voz de poeta, de narrador, de dramaturgo, seguirá como Felipe Durgel, interviniendo en las tertulias, en las representaciones teatrales, en el aliento de amor que anima las clases de literatura, tocará con su gracia el rigor académico.

En nuestro humano existir, cuya caducidad impone entrañables rupturas que golpean la conciencia pese a constituir ley necesaria de la naturaleza. Sinán encontró un sentido profundo y confirió una misión responsable a su quehacer artístico, en que la interrelación hombre-naturaleza cristalizó en brillantes concepciones literarias que se configuraron mediante una técnica tan asombrosa que lindaría con la magia si no fuera el producto de una rigurosa disciplina de estudio y de trabajo, seguro cauce del talento artístico.

Al elenco de las voces istmeñas de mayor raigambre nacional ya desatadas de su agente corpóreo y del flujo del tiempo, ha llegado Rogelio Sinán el 4 de octubre de 1994, y Amelia Denis, Ricardo Miró y Gaspar Octavio Hernández lo reciben como el abanderado literario más representativo de la

tierra istmeña; Demetrio Herrera Sevillano presenta a su maestro la visión poética realista del arrabal; María Olimpia lo arrulla maternalmente, festejando sus farsas infantiles, y Ester María Osses le brinda el cielo en su mirada azul y en su rebelde mano solidaria.

Desde la sobrevida, esta *alma mater*, y en particular el Departamento de Español de la Facultad de Humanidades, la Academia Panameña de la Lengua, los familiares, amigos y lectores de todas las latitudes celebramos las honras fúnebres de don Bernardo Domínguez Alba.

Rogelio Sinán se ha liberado de su base corporal y es voz pura, impresa en libros, en grabaciones, en la memoria colectiva, en la sensibilidad del pueblo panameño; el más completo de nuestros escritores; el más original; el que innovó en nuestro suelo las concepciones y las técnicas de todos los géneros de creación literaria; el cultísimo intelectual, el maestro venerado; el ciudadano de principios, aliado de las causas justas; el más bondadoso de los hombres; el ideal inalcanzable.

Y no obstante todo el esfuerzo de racionalización por subrayar la herencia positiva que nos queda, ¡qué hondo desgarramiento saber que hemos perdido para siempre el calor de su mano amiga, su mirada risueña, el sonido agradable de su voz! Quien lo dejara morir en su ámbito vital moriría un poco; quien pueda retenerlo en una emocionada evocación estimulante, fortalecerá sus propias raíces existenciales con el más poderoso nutriente que se haya logrado en el escenario de la cultura panameña.

Universidad de Panamá, 6 de octubre de 1994.